

Tomo
2

Corrientes en el
Siglo XIX



CORRIENTES

fundación
aguas
DE CORRIENTES

PROVINCIA DE CORRIENTES
SUN REAL. M.C.

LA
HISTORIA
DE
CORRIENTES
VA A LA
ESCUELA

Programa Editorial de:

Fundación Aguas de Corrientes Y Universidad Nacional del Nordeste

Fundación Aguas de Corrientes Consejo de Administración

Presidente
Vicepresidente
Secretario
Tesorero
Vocal 1°
Vocal 2°
Vocal 3°
Vocal Suplente
Vocal Suplente
Vocal Suplente

Dr. José Jorge Chamas
Dr. Jorge Isaac García
Cr. Pablo Gustavo Chamas
Cr. Roque Rogelio Roibón
Sr. Jorge Gutnisky
Dr. Joaquín García
Prof. Mabel Muzzio
Dr. Raúl Osvaldo Marasco
Cr. Alfredo Ataliva Schweizer
Arq. Pablo Federico Langus

Universidad Nacional del Nordeste

Rector
Vicerrector
Secretario General Académico
Secretario General de Planeamiento
Secretario General de Ciencia y Técnica
Secretaria General Administrativa
Secretario General de Asuntos Sociales
Secretario General de Extensión Universitaria

Arq. Oscar V. Valdés
Dr. Hugo Domitrovic
Med. Vet. Orlando A. Macció
Gabriel E. Ojeda
Dr. Jorge A. Fusco
Cra. Susana C. de Dusek
Odont. Raúl P. Winter
Ing. Hugo D. Domínguez

Coordinación Interinstitucional

Cecilia E. Bianciotto (FAC)
Arq. Ángela Sánchez Negrette (UNNE)
Colaboración Nuria García



La historia de Corrientes va a la escuela

TOMO II

Corrientes en el Siglo XIX

Autores:

**Jorge E. Deniri . María del Mar Solís Carnicer . Dardo Ramírez
Braschi . Enrique C. Schaller . Ángela Sánchez Negrette . María G.
Quiñónez**

Compiladora:

Cecilia E. Bianciotto (FAC)



Diseño de Tapa ^(*)

Lic. Fabián Blumenstein

Diseño y Diagramación

Lic. Mariana C. Rodriguez

**Corrección de texto:
Supervisión de texto:**

Norma Cristina Mena
Consejo General de Educación de Corrientes
- Prof. María R.R. de Espínola
- Amalia Iglesias de Caamaño

Impresión

Imprenta de la UNNE. Las Heras 727. Resistencia, Chaco.

ISBN

XXXXXXXXXX

Ira Edición

Diciembre, 2006

Argentina

() Para la realización de la tapa se utilizó la reproducción del "Mapa de las Misiones de la Compañía de Jesús en los ríos Paraná y Uruguay", del Padre José Quiroga. 1749 (Grabado en Roma 1753). Cartografía jesuítica del Río de la Plata. Peuser. Bs. As. 1936. (Plano 16).*



CAPITULO 5

Sociabilidad y vida cotidiana en Corrientes

María Gabriela Quiñonez



La población a lo largo del siglo XIX

La población de la ciudad y la campaña correntina a lo largo del siglo XIX ha sido estudiada a partir de importantes fuentes de información. Ellas son, para la primera mitad del siglo, los recuentos ordenados por las autoridades provinciales en 1814, 1820, 1833 y 1841; y para la segunda mitad, los censos de 1854 y 1857 realizados por las autoridades confederales y los dos primeros censos nacionales realizados en 1869 y 1895. A través de ellos se puede conocer la composición y distribución de la población en todo el territorio provincial, así como la relación de ésta con las distintas actividades económicas.

En la primera mitad del siglo, en particular entre los censos de 1814 y 1833, se observa un crecimiento pujante de la población de la provincia, que se ubicaba entonces entre las cinco más pobladas del país. Esto se complementaba con una ocupación efectiva de las tierras ubicadas al sur y al este de su actual territorio.

En 1833 la población extranjera era minúscula en proporción al conjunto, aunque en relación con los censos anteriores se advierte un incremento de la presencia de portugueses, franceses e italianos, al igual que de paraguayos, que entre los americanos eran los más numerosos. La población aborigen tendía a disminuir lentamente y también la de color a un ritmo más pronunciado. Al respecto, D'Orbigny señalaba que

“en Corrientes, la mezcla de europeos e indios es tal que sería difícil establecer, a primera vista, a cual casta pertenecen los sujetos...”

Más de la mitad de los censados declaraba dedicarse a tareas rurales (labradores/agricultores, estancieros/hacendados, capataces, mayordomos, pastores, puesteros, tamberos, etc.) y también ocupaciones de carácter artesanal (hiladores/tejedores, aserradores, carpinteros, hojalateros, herreros, constructores, etc.) También era importante el número de población movilizada por distintos conflictos como los suscitados por el diferendo limítrofe con el Paraguay o los enfrentamientos con Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires, por la causa constitucional. Entre 1838 y 1852 se sucedieron varias campañas, que mantuvieron movilizada a la población; algunas de ellas constituyeron graves derrotas y otras, grandes triunfos, que marcaron fuertemente a la sociedad correntina y provocaron una caída demográfica. El nuevo recuento realizado en 1841 muestra una disminución de la población en la ciudad, en particular de la masculina, debido a las causas referidas.

Fuentes	Total de habitantes de la Ciudad	Total de habitantes de la Provincia
Censo Provincial de 1814	4.771	30.184
Censo Provincial de 1833	5.668	55.897
Censo Provincial de 1841	5.382	57.309
Censo Confederal de 1857	8.839	85.477
1° censo nacional 1869	11.218	129.023
2° censo nacional 1895	21.588	239.600



Al concluir la lucha contra Rosas la población se recuperó con relativa rapidez; de esta manera entre 1857 y 1869 el crecimiento anual alcanzó un ritmo similar al de las décadas de 1820 y 1830. Hacia mediados del siglo XIX se produce un incremento notable del número de extranjeros, provenientes de países europeos y americanos. El aumento más significativo se dio entre los italianos que en 1833 eran 39 y en 1869 ya sumaban un total de 1.513.

A partir de la segunda mitad del siglo, a pesar del significativo crecimiento del total de la población provincial, y de que entre 1869 y 1895 se duplica el número de habitantes de la capital, Corrientes ya no aparece entre las provincias de mayor peso demográfico del país y, además, queda fuera del área favorecida por la llegada de grandes contingentes de inmigrantes como sucedía en otras provincias del Litoral. Según el censo de 1869 la provincia de Corrientes superaba en cantidad de habitantes a la de Santa Fe, sin embargo, medio siglo más tarde la situación era muy diferente, ya que Santa Fe, beneficiada por el arraigo de inmigrantes europeos y el éxito de sus colonias agrícolas, podía

exhibir un total de población que implicaba más del doble de la que aportaba Corrientes. Las tasas de inmigración correspondientes a los censos de 1869 y 1895 son reveladoras en este sentido: Corrientes presenta una tasa del 6,8 % de población extranjera en 1869 y un 9,2 % en 1895, frente a las tasas de Santa Fe que presentaba un 15,6 % en 1869 y en 1895 alcanzaba el 41,9 %.

La formación de una elite urbana en Corrientes

A finales del siglo XIX, el historiador correntino Manuel Florencio Mantilla, al describir la estructura de la sociedad correntina hablaba de la existencia de tres sectores sociales: la “alta sociedad” -a la que podemos denominar patriciado- la “sociedad nueva” y la “masa popular”.

A la primera le atribuía la conservación de “*las antiguas costumbres españolas*”, a la segunda, la responsabilizaba por los



Imág. 1: Dibujo de personas de diferentes sectores sociales.

cambios que se habían producido en el orden social a raíz de “...las innovaciones del modernismo ligero que fomenta la ostentación y los placeres fugaces, con descuido de conveniencias permanentes del orden social” y finalmente, consideraba “...blanda a ideas, propósitos y dirección templadas (...) laboriosa y guapa para cualquier trabajo” y carente de vicios, a la numerosa masa popular. Esta descripción realizada por un miembro del patriciado, testimonia la presencia de una sociedad de estructura jerárquica que se había configurado desde los tiempos coloniales y también la existencia de algunas tensiones entre los dos primeros sectores que componían lo que podríamos considerar la elite social a fines del siglo XIX.

La “alta sociedad” estaba constituida por un patriciado integrado por familias de pretensiones aristocráticas, defensoras de sus tradiciones y de la fe católica, que se había consolidado en la segunda mitad del siglo XIX. Sus miembros pertenecían a linajes fundados en los tiempos coloniales, a partir de los descendientes de los primeros habitantes y de aquellos que se fueron asentando en territorio correntino a lo largo de los siglos XVII y XVIII. El núcleo original estaba constituido por los pocos

pobladores que quedaron en el asentamiento luego de la fundación, al que en los años siguientes se sumaron sus esposas e hijos, procedentes de Asunción, y más tarde los pobladores de Concepción del Bermejo, que no pudo soportar el asedio de los pueblos nativos de la región chaqueña. La sociedad asunceña que contribuyó a poblar las ciudades de la cuenca del Plata e s t a b a c o m p u e s t a mayoritariamente por la primera generación de “mancebos de la tierra”, que desde el punto de vista social y jurídico se había equiparado a la clase de “españoles”. Una vez constituida la nueva sociedad, y equiparados sus componentes a la filiación étnica de blancos puros, fueron favorecidos con el máximo privilegio social que reservaba la legislación indiana a los fundadores, por lo que fueron beneficiados con los repartos de tierras y encomiendas. La condición de núcleo original privilegiado se fue acentuando a lo largo de las centurias siguientes, a medida que afluían nuevos pobladores, y se fundamentaba en las disposiciones reales según las cuales los fundadores podían exigir que se les considerara “hidalgos y personas nobles”.

Estos primeros pobladores se transformaron en una pequeña oligarquía que en adelante rechazó los matrimonios interétnicos. Los escritos de Manuel F. Mantilla testimonian la resistencia que manifestaron los primeros habitantes ante la posibilidad de la mezcla racial. Sostiene al respecto que “...el español, superior y de dominio, cuidó de conservar la pureza de su sangre en las familias principales, procedentes de 56 mujeres avecindadas de 1591 a 1598; los matrimonios eran muy tramitados, privando sobre todas las cualidades de los futuros esposos la igualdad social y de origen. Los de esa clase formaban una especie de patriciado, pobre de bienes de fortuna, pero respetable y realmente aristocrático por la honestidad del hogar, las costumbres severas, la moral religiosa, la educación privada, el método de la vida. La cruz de razas se operó en lo restante...”.

En la segunda mitad del siglo XVIII, al renovarse las corrientes migratorias, se asentaron en Corrientes nuevos pobladores, mayoritariamente de origen vasco, que se vincularon con la sociedad local a través de alianzas matrimoniales. Ya desde el último tercio del siglo XVIII y la primera década del XIX, se advierte en el seno de esa pequeña elite local la presencia de un conflicto entre



Los viejos hacendados descendientes de las primeras familias y la incipiente burguesía comercial vinculada a los comerciantes porteños. Esta rivalidad se manifestó claramente en la composición del cabildo, mientras los primeros ostentaban los cargos de preeminencia y los de regidor, que en muchos casos habían sido adquiridos por compra, los segundos accedían a los cargos electivos. Los recién llegados, sin embargo, pronto tuvieron acceso a la propiedad de la tierra y extendieron sus actividades a la explotación ganadera, circunstancia que vinculó sus intereses a los del patriciado que los había precedido.

A pesar de los términos patriciado y oligarquía, es necesario aclarar que nos estamos refiriendo a un sector social que, como lo señalan Mantilla y los viajeros que recorrieron el territorio correntino durante el siglo XIX, se había forjado una condición social elevada pero, en general, era “pobre de bienes y fortunas”, y tanto en el modo de vida como en las costumbres, no lograba distinguirse claramente del resto de la sociedad. Es que aún en las primeras décadas del siglo XIX, como en todo el

espacio rioplatense, sólo podían distinguirse dos sectores en la sociedad correntina: por un lado, el de la “gente decente”, integrado por los hacendados, comerciantes y funcionarios que vivían en la ciudad y los pueblos de la campaña, y por otro, una clase popular en la que se podía incluir desde el mercachifle hasta a los gauchos y bandoleros de la campaña.

Con el proceso de emancipación, y posteriormente, con las luchas que insumió la causa de la organización nacional, los miembros de la elite local tuvieron la oportunidad de revalidar su condición social. El pertenecer a las “primeras familias” ya no fue el único factor

de notabilidad; iniciada la lucha por la independencia, los servicios prestados a la patria se convirtieron en una importante fuente de legitimación para quienes se destacaban en las acciones militares o en el manejo de las instituciones. El patriciado que se consolida en Corrientes a partir del último tercio del siglo XIX, más allá de sus vínculos con linajes de raigambre colonial, se distinguía fundamentalmente por las acciones de sus miembros en el proceso de independencia y en las luchas por la organización institucional de la provincia y del país.

La revolución desencadenó cambios profundos en la sociedad que han sido testimoniados



Imág. 2: Dibujo de comerciantes y pobladores

fundamentalmente por viajeros como el francés Alcides D'Orbigny o los hermanos Robertson no sólo por el desorden generado en la campaña por las permanentes movilizaciones, sino porque permitió a algunos individuos modificar sustancialmente su condición social y económica. Para los hermanos Robertson que recorrieron la provincia en los años del predominio artiguista, sólo las circunstancias propias de ese período permitieron el encumbramiento de una figura como la de Pedro Campbell, un extranjero enrolado en las filas del caudillo oriental. Al referirse a él señalan: *“¿Quién habría de decirle a Campbell que iba a estallar una guerra en un lugar del mundo ignorado por él; que iba a ser arrastrado de la cortiduría al campo de batalla y más tarde se vería transformado en gaucho y en el héroe de un territorio más grande que Inglaterra; que de simple gaucho pasaría a comandante de marina hasta desafiar el poder naval de un hombre como Gaspar Rodríguez, de Francia, y a ser celebrado... por los navegantes que salían de cualquier puerto del Paraguay?”*.

Otro ejemplo representativo de la movilidad social propia de las áreas de frontera, como lo era el sur correntino a mediados del

siglo XIX, es la trascendencia lograda por un personaje como Nicanor Cáceres. Nacido en Curuzú Cuatiá y proveniente de un hogar humilde, se convirtió en el caudillo hegemónico del sur correntino entre las décadas de 1840 y 1860, además de transformarse en propietario de grandes rodeos de ganado y lograr la confianza del general entrerriano Justo José de Urquiza, de quien actuó como lugarteniente en más de una ocasión.

Si analizamos los nombres de las figuras políticas y militares destacadas al promediar el siglo XIX, veremos que muchas de ellas pertenecen a las familias que se incorporaron a la elite a fines del siglo XVIII y revalidaron su estatus social con los servicios brindados a la patria. Es el caso de hombres como Genaro Perugorría, Genaro Berón de Astrada, Pedro Ferré, Joaquín Madariaga, Benjamín Virasoro y Juan Pujol entre otros. Ya consolidado en la segunda mitad del siglo XIX, el patriciado correntino presentaba una serie de rasgos que identificaba a quienes lo componían y al mismo tiempo permitía que sus miembros se diferenciaron de quienes no pertenecían a él. Unidos por intereses económicos y muchas

veces enfrentados en el terreno político, compartían una misma visión del pasado y del futuro de la provincia, tenían una comprensión en común del lugar que ocupaban en la sociedad, gozaban de igual rango o prestigio heredado y regían sus relaciones y conductas por pautas socialmente establecidas.

La noción de igualdad aportada por el ideario revolucionario favoreció la aceptación de nuevos valores que permitían el ascenso social y a medida que avanzaba el siglo las familias del patriciado, que conformaban la restringida elite de los tiempos coloniales y de la primera mitad del XIX, permitieron el acceso de sectores considerados advenedizos. La necesidad de legitimar nuevas formas de acceder a la estimación social condujo a la exaltación de valores y cualidades que aseguraban la promoción social o permitían que quienes la pretendieran pudieran relacionarse con miembros de la elite participando en los mismos ámbitos de sociabilidad. Es así que en la segunda mitad del siglo, la posesión de fortuna, el éxito económico, el mérito profesional o el talento artístico permitían alcanzar el rango de elite. De esa manera se perfila lo que Mantilla



denominó la “sociedad nueva”, constituida por individuos y familias de reciente arraigo. Algunos iniciadores de estos nuevos linajes arribaron procedentes de Europa (italianos, españoles, franceses, ingleses, suizos, entre otras nacionalidades) en la primera mitad del siglo, pero en su mayoría lo hicieron con posterioridad al período heroico de las luchas civiles y la organización nacional. Los empresarios, comerciantes e industriales de origen extranjero alcanzaron una alta estimación social, al igual que aquellos que se destacaron en el ejercicio de sus profesiones, y su participación en las distintas instancias de la vida social y económica fue primordial. Muchos ingresaron a los partidos políticos provinciales, se ligaron a familias del patriciado a través de negocios o vínculos matrimoniales, participaron de los clubes tradicionales y se destacaron como dirigentes de las asociaciones que aglutinaban a los extranjeros y promovían el socorro mutuo.

Sus iniciativas en el terreno económico tuvieron importantes resultados, como es el caso de la fundación del Banco Popular, propiciada por los intelectuales positivistas y llevada a la práctica, fundamentalmente, por la

burguesía comercial de origen extranjero en 1898. Entre los fundadores aparecen miembros del patriciado de gran influencia social y económica como Eulogio C. Cabral, a los que se suman una lista de acaudalados comerciantes y profesionales de reciente arraigo como José Luis Nicolini, Ernesto Amadey, Juan Aguirre, Héctor Billingham, Manuel A. Bermúdez, Felipe Lanari, Alberto Fainardi, Adriano Höchner, entre otros, que confiaron y arriesgaron sus capitales en este emprendimiento cuya función social consistía en proporcionar créditos a asociaciones, pequeños industriales y jornaleros, y fomentar el ahorro de los trabajadores de los sectores populares.

La presencia de población extranjera de origen europeo en Corrientes fue poco significativa desde un punto de vista cuantitativo, y esto alejaba a la sociedad correntina de los conflictos que se suscitaban en aquellas provincias que habían sido más afectadas por la inmigración masiva, situación a la que también contribuía el mantenimiento de una economía tradicional, fundamentalmente ganadera, que impedía el desarrollo de un sector obrero fuerte. Los conflictos que pudieron suscitarse no tuvieron la gravedad que en otras provincias, ya que se puede afirmar que primó la voluntad de integración. La importancia de la comunidad italiana en particular queda

Imág. 3: Reunión social en los salones de la familia Cabral.

testimoniada en la existencia de una sociedad de connacionales constituida en los años previos a la guerra de la Triple Alianza, asociación que, posteriormente reorganizada, pudo inaugurar en 1887 una magnífica sede social, ubicada sobre la calle Independencia (hoy Carlos Pellegrini) entre San Juan y Mendoza, que superaba en importancia arquitectónica a los clubes tradicionales y la cual aún desarrolla múltiples actividades para sus asociados.

En torno al cambio de siglo son numerosos los indicios que señalan las posibilidades de ascenso que comenzaba a ofrecer la sociedad correntina a quienes procedían de los estratos superiores del sector popular, que crecía y se diversificaba fundamentalmente a finales del siglo.

La capacidad intelectual y la constante participación en las numerosas actividades cívicas y sociales favorecieron a muchos individuos sin fortuna con un alto prestigio. La posición adquirida de esta manera permitía que sus descendientes aspiraran a integrar los círculos de la elite. A pesar de ello, algunas de las familias más tradicionales se mostraban reticentes a admitir a nuevos

miembros para preservar la pureza de sus linajes.

Recapitulando, podemos señalar que la elite correntina de finales del siglo se caracterizaba precisamente por estar integrada por individuos provenientes tanto del patriciado, de prestigio heredado, como de la burguesía comercial de origen extranjero, que fue ascendiendo en la escala social. Es así que a principios del siglo XX, el viejo patriciado y la “sociedad nueva” conformaban una suerte de elite dirigente integrada por círculos de relaciones estables que interactuaban en distintos ámbitos: en la política, en los negocios y en las prácticas sociales. Sus miembros compartían los intereses económicos, la formación cultural, el estilo de vida, las ideas y proyectos, y los valores. Se identificaban entre sí por el respeto hacia las convenciones que regían la vida social y se diferenciaban del resto de la sociedad por los lugares en que vivían, los sitios que frecuentaban, los bienes que poseían y las actividades que desarrollaban en el escenario urbano que estaban contribuyendo a transformar.

La “sociedad nueva” se sometió a las reglas del patriciado en numerosos aspectos, sin embargo, la ostentación, cualidad atribuida a los nuevos miembros, se convirtió en un rasgo distintivo de todas las familias de la elite de mayor poder económico.



Imág. 4 Imágenes representativas de Damas porteñas de la época, con vestimenta de verano e invierno.

El matrimonio y la conformación de círculos sociales

El matrimonio fue siempre la vía más segura de ascenso social para los recién llegados, que se enlazaban con familias de antiguo arraigo a través del casamiento de sus hijos, práctica que contribuyó a romper la endogamia que caracterizaba inevitablemente a los viejos patriciados en sociedades urbanas aisladas como la de Corrientes. Como ya lo adelantamos, los comerciantes de origen vasco que arribaron en el último tercio del siglo XVIII se vincularon con las familias más influyentes de la sociedad local, como la de Casajus y Lagraña, a través de concertaciones matrimoniales.

Cuando a fines del siglo XIX se afianza la presencia de un sector de familias de origen extranjero con poder económico, algunas familias tradicionales abrieron sus filas y permitieron el matrimonio de sus hijos con miembros de esa nueva burguesía. Un matrimonio de extranjeros podía emparentar con todo el patriciado a través del matrimonio

de sus hijos o bien mantenerse dentro de la comunidad étnica e igualmente pasar a integrar los círculos sociales por su condición económica. Un ejemplo de ello es el caso de Adolfo Contte, elegido gobernador de la provincia en 1919; era hijo de un español llegado a Corrientes en 1840, todos sus hermanos contrajeron matrimonio con mujeres del patriciado y sus hermanas con extranjeros exitosos.

También se observan casos de estrechamiento de vínculos entre familias a través de la concertación de enlaces de varios de sus hijos; en otros casos, sin salir del círculo familiar se concertaban matrimonios entre primos hermanos o de segundo grado y entre tío y sobrina. Esta costumbre se siguió tanto entre las familias del patriciado tradicional durante el siglo XIX como entre las familias de origen extranjero ya en el siglo XX. En el caso de las tradicionales se puede destacar el matrimonio de Fermín Alsina con su prima hermana Carmen Ferré, una de las mujeres que sería llevada al Paraguay como cautiva durante la guerra de la Triple Alianza.

Entre las familias de origen italiano y español que arribaron desde el último tercio del siglo

XIX se observa una tendencia a la realización de matrimonios entre connacionales y sus descendientes, que tiende a reforzar con lazos familiares las vinculaciones económicas. Es el caso del matrimonio entre Juan Bautista Desimoni y Clara Nicolini.

Estas prácticas matrimoniales en una sociedad pequeña, desde el punto de vista numérico, determinó la existencia de extensas relaciones de parentesco que eran cultivadas a través de las prácticas de sociabilidad. La importancia de pertenecer a un linaje tradicional quedaba evidenciada en el detalle de destacar el parentesco muchas veces lejano con grandes personajes del pasado o con **m a t r o n a s** de gran reconocimiento.



La transformación de la ciudad en el siglo XIX

A fines del siglo XIX la ciudad de Corrientes comenzó a transformarse, al igual que muchas ciudades y pueblos del interior del país, sin perder los rasgos que testimoniaban su pasado colonial.

A los viajeros europeos que recorrieron territorio correntino durante el siglo XIX la ciudad les causó inicialmente una impresión desfavorable por su escala reducida, por la rusticidad y sencillez de sus edificaciones y por sus calles polvorientas, pero tras la impresión inicial, la imagen percibida se transformaba en la de una ciudad pintoresca y peculiar.



Imág. 5 Bazar "El progreso" (1875).



Imág. 6 Calle La Roja, entorno a 1880.



El uso de los espacios públicos: Las plazas y los paseos

A pesar de su magnífica posición ribereña, de sus fondeaderos y puntas que ingresaban al río, y de la cercanía de la plaza principal a la ribera, Corrientes careció de un paseo costero hasta mediados del siglo. D'Orbigny en torno a 1830, destacaba que en Corrientes no existía el interés por aprovechar la belleza natural de la zona costera para actividades de expansión social sin embargo a partir de la década de 1850, durante el gobierno de Juan Pujol, la Casillita de la Punta de San Sebastián, uno de los fondeaderos con que contaba la ciudad, ya se había convertido en sitio de encuentro y de paseo para las familias que llegaban hasta allí a escuchar las retretas.

El paseo al aire libre, cada vez más difundido entre los correntinos, tenía también como escenarios al Muelle y al paseo de la Batería, que en 1902 recibió el nombre de "Pasco Mitre". Ambos se caracterizaban por permitir el

contacto de las personas con el río Paraná. El primero, también denominado Puerto Villegas, correspondía a la zona amurallada de la bajada sobre el Paraná, entre las calles Salta y Rioja, que había sido construida en 1875 y luego ornamentada con faroles, bancos, flores y arboleda. El segundo, era el pasco más pintoresco de la ciudad sobre el río, en el sitio que había ocupado una de las baterías sobre el Paraná, luego trasladada al otro extremo de la ciudad; estaba rodeado por el río y los cauces de los arroyos Arazá, Manantiales y Poncho Verde y para acceder a él se debía atravesar un puente, hasta el que llegaba una de las líneas del tranway urbano.

Las primeras acciones para su transformación en paseo se realizaron en 1890, antes de la llegada de la primavera El Litoral afirmaba: *"...Corrientes puede decir que cuenta ya con un paseo digno de su cultura y de su importancia..."*

A fines del XIX Magno Tvethe señalaba que *"...merece especial mención el paseo llamado de la Batería, ubicado sobre unas magníficas barrancas situadas a orillas del Paraná, al norte del arroyo Manantiales. Este paseo que data de pocos años, está llamado por su situación admirable y por la configuración de su terreno, a constituir un magnífico parque..."*



Imág. 7: Paseo del puente la Batería (sobre el arroyo Arazá (unión del Manantiales y el Poncho Verde).

Ámbitos y prácticas de sociabilidad

Cada año, la vida social se iniciaba con la emigración veraniega, para huir del sofocante calor de la ciudad, de aquellas familias que poseían quintas en las afueras de la ciudad o la región de Lomas, o estancias en el interior de la provincia, a las que invitaban a concurrir a las familias de su círculo social.

La posibilidad de abandonar la ciudad en esta temporada de altas temperaturas era un privilegio al que podían acceder los miembros de la elite. La ausencia se prolongaba hasta la llegada del carnaval, en que todo volvía a la normalidad habitual. Mientras permanecían fuera de la ciudad los jóvenes organizaban actividades de recreación, de día las recorridas a pie o a caballo por el campo y las lagunas y de noche, las reuniones en las que se hacía música, baile y danza, sin olvidar las obligaciones religiosas, pues la concurrencia a misa se realizaba en las capillas de las quintas. También se organizaban largas cabalgatas que culminaban en visitas a los pueblos más cercanos como Santa Ana y San Luis.

Al retornar a la ciudad, la principal actividad social era la organización de las comparsas para el corso, los recibos (bailes ofrecidos regularmente por las principales familias) y bailes de carnaval. Desde mediados del siglo el carnaval se celebraba con gran entusiasmo, se formaban grupos de máscaras que recorrían las calles y recalaban en los bailes de carnaval que se ofrecían en las casas de familias o en los clubes sociales que surgieron a fines del siglo XIX. Finalizadas estas fiestas, llegaban los tiempos de recogimiento propios de la cuaresma y la semana santa. El calendario estaba regido fundamentalmente por los tiempos de la religión ya que a lo

largo del año se sucedían festividades marianas y de los santos patronos, así como las de cuaresma y semana santa, la festividad de la Cruz del Milagro, la de *Corpus Christi*, el Mes de María y la Navidad.

La semana santa se vivió con gran intensidad a lo largo del siglo pero las formas de la celebración fueron variando. Desde que se iniciaba la cuaresma, la población especialmente la femenina estaba por completo dedicada al rezo del santo rosario, la visita a las iglesias, y las procesiones de penitentes y flagelantes, tan apreciadas por los pobres y la gente del pueblo y despreciada por la “gente decente”, que se dejaron de lado a medida que avanzaba el siglo.



Imág. 8: Grupo de señoritas en días de carnaval.

Las funciones religiosas eran atendidas por las distintas cofradías como la Esclavitud del Santísimo y la de Ánimas, a las que se fueron sumando las asociaciones piadosas surgidas en la segunda mitad del siglo. El jueves santo se realizaba la procesión del Nazareno, de la que participaban numerosos grupos de niños vestidos para la ocasión de nazarenos sufrientes o de ángeles. Las actividades del viernes santo involucraban a todos los templos: el sermón de las tres en la Merced y la ceremonia del descendimiento en la Matriz, seguida de la procesión del Santo Sepulcro. El sábado el clima cambiaba al punto que se quemaban fuegos artificiales, y el domingo los actos cerraban con la “procesión del encuentro” del resucitado y su madre, la Virgen María.

La fiesta más popular y esperada por la población de la ciudad y los pueblos aledaños era la de la Cruz milagrosa que desde comienzos del siglo se realizaba el 3 de mayo. El escenario era la extensa, y habitualmente solitaria, plaza de la Cruz en la que se llevaban a cabo las ruidosas vísperas: se encendían fogatas, las bandas de música ejecutaban piezas, se realizaban juegos con

sortija, se iluminaban las casas de los alrededores y en algunas de ellas se organizaban bailes. Al día siguiente se celebraban los actos oficiales con el Tedeum al que asistían las autoridades civiles y militares, por la tarde se realizaba la procesión de la Cruz en torno a la plaza y a la noche se quemaban fuegos artificiales.

El nutrido calendario de celebraciones religiosas desde mediados del siglo XIX incluía las fiestas y funciones de la Virgen de Itatí, que se realizaba en la localidad cercana hasta la que se trasladaban las principales familias, devotos y promeseros. Luego de la cuaresma y la semana santa se sucedían las celebraciones de *Corpus Christ*, San Juan Bautista, patrono de la ciudad, San Pedro y San Pablo, San Antonio de Padua, patrono del convento de San Francisco, Santa Ana, San Luis, San Francisco y la fiesta de la Merced, también patrona de Corrientes, que constituía junto a la festividad de la Virgen del Rosario, las celebraciones marianas más importantes y populares.

Cada una de estas festividades implicaba triduos o novenas, octavarios, funciones religiosas y procesiones que ocupaban fundamentalmente el tiempo de

las jóvenes y damas que integraban las cofradías y sociedades religiosas.

Luego de la Pascua de Resurrección el movimiento social recuperaba el ritmo mundano que convivía con las funciones y fiestas religiosas, las asociaciones culturales y recreativas retomaban sus actividades para proporcionar entretenimientos a la sociedad, se inauguraban las temporadas deportivas y teatrales y la celebración de las fiestas patrias y religiosas ocupaba a hombres y mujeres.

Las fiestas patrias también tenían como escenario a las plazas y las iglesias. Luego del Tedeum se realizaba la parada militar, por la tarde los juegos atléticos de los que participaban los escolares en la plaza de la Cruz, y por la noche, retretas y bailes en los salones de la casa de gobierno o de los clubes sociales.

En la primera mitad del siglo la sociabilidad tenía como espacio preferente al hogar y no era común el disfrutar de paseos al aire libre, en una ciudad que aún no estaba preparada para ello. Contribuían a esta forma de sociabilidad las circunstancias políticas y militares. Desde los tiempos de la revolución



emancipadora no había cesado la agitación en la campaña y en reiteradas oportunidades la sociedad urbana de Corrientes y los pueblos vecinos de la costa del Paraná se sintieron amenazados por las poblaciones aborígenes del Chaco o de Misiones. Así ocurrió durante el período artiguista, por la invasión de las tropas acaudilladas por los lugartenientes del jefe oriental, pero más tarde con la incorporación de los pueblos de Misiones, y la movilización que implicó la lucha contra el gobierno de Rosas, el desorden y la inseguridad persistieron en una campaña cada vez más extensa y difícil de controlar desde la capital. En relación con el período artiguista, la sociedad correntina se manifestaba permanentemente temerosa y según las descripciones de los hermanos Robertson, que permanecieron en Corrientes durante los años 1815 y 1816, “... los vínculos sociales hallábanse menoscabados; el territorio estaba lleno de bandoleros, y la rapiña y la lujuria imperaban en todo el ámbito de la provincia”.

Por esos años la vida social se reducía a las visitas que se realizaban los miembros de las principales familias, en muchas ocasiones para agasajar a los

numerosos visitantes extranjeros llegados a la ciudad en busca de oportunidades para comerciar y a vecinos que habían estado ausentes por algún motivo relacionado con la guerra o los negocios. Las reuniones consistían en rondas de mates, vino, dulces y cigarros que eran servidos a medida que los contertulios llegaban. Los Martínez, Perichón, Cossio, Belaústegui, Rolón, Madariaga, Escobar, entre otros, representaban las familias más importantes de la sociedad correntina.

Por entonces casi no existían pianos y los bailes eran muy raros, la ropa de etiqueta, que era muy escasa, sólo era utilizada en días de fiesta o ceremonias cívicas o religiosas. Las visitas se iniciaban

por la tarde y no se extendían muy entrada la noche. Habitualmente a las ocho de la noche, después del toque de ánimas, toda actividad se terminaba y las familias se recluían en sus hogares para cenar. Así se ponía fin a un largo día de actividad, de visitas, mates y cigarros.

Si bien la siesta, que era respetada hasta por los extranjeros, dejaba a las casas silenciosas y a la ciudad desierta por el obligado descanso, al llegar la noche los jóvenes salían a recorrer las calles con sus guitarras y a dar serenatas.

Una sociabilidad más exigente y codificada comenzó a gestarse a mediados del siglo, acompañando el ordenamiento que se intentaba dar a la ciudad. Aunque el hogar



Imág. 9: Paseo Campestre.

continuó siendo escenario de reuniones y tertulias, en la segunda mitad del siglo XIX cobraron importancia los salones de los clubes sociales y de las familias más acomodadas que construyeron nuevas residencias de acuerdo con los estilos que llegaban de Europa.

El paseo al aire libre se había propagado en las sociedades “civilizadas” durante el siglo XIX estimulado por la prédica de los higienistas y pronto se convirtió en una costumbre estructurada de la vida social. Hasta mediados del siglo XIX, la sociedad correntina como lo atestiguara D’Orbigny no era afecta a estos paseos como actividad saludable y recreativa, a pesar de la belleza natural de la ribera del Paraná, pero este comportamiento se modificó al llegar a su fin el período bélico que culmina en la batalla de Caseros. A partir de la década de 1850, se advierte la preocupación del gobierno y de los particulares por el embellecimiento de los espacios públicos y estos comienzan a ser concebidos como lugares de esparcimiento. La necesidad de tomar contacto con la naturaleza sin alejarse de la ciudad, sumada a la apropiación de formas recreativas institucionalizadas en otras

ciudades por parte de las elites, dieron lugar a la adopción de prácticas de sociabilidad y recreación como las retretas, que en las últimas décadas del siglo se convirtieron en la práctica social más tradicional de la elite correntina.

Inicialmente, el espacio de las reuniones al aire libre era el sitio de La Casillita, ubicado en la Punta de San Sebastián, en la cual la banda de Música de la policía o de la guardia nacional ejecutaba piezas musicales los jueves y los domingos a la puesta del sol. La plaza por entonces no estaba en condiciones de paseo porque a mediados de siglo recién se iniciaban las acciones para su transformación. Las serenatas, otra práctica habitual, consistían en una recorrida previa por la ciudad que concluía frente al domicilio de la persona agasajada. Eran realizadas frecuentemente para obsequiar a personalidades por sus cumpleaños u onomásticos, o bien por haber participado en forma destacada en algún hecho político o militar.

Además de las retretas comenzaban a realizarse algunos recorridos de paseos, como el de la Punta de San Sebastián y el más lejano de la calle de la Columna (actual Avenida 3 de Abril), hasta

la que muchos se dirigían montados a caballo. El hecho de que desde la prensa se animara a la población a concurrir a estos puntos revela que se trataba de una costumbre que pretendía imponerse, así como los paseos y cabalgatas hasta lugares más alejados como el Riachuelo. Muchas de las actividades recreativas y sociales tenían como objeto combatir el fuerte calor característico de la zona.

La vida social que se había activado a partir de los años cincuenta arraigó fuertemente al punto que durante la ocupación paraguaya en 1865, episodio inicial de la guerra de la Triple Alianza, la vida social continuó prácticamente sin interrupciones. El día de la Cruz de los Milagros la celebración tuvo lugar con todas las características de costumbre y una gran concurrencia de familias principales, lo que testimonia la gran amistad que unía a correntinos y paraguayos. La prensa afín a los ocupantes describía una vida social que no sufrió alteraciones ya que continuaron realizándose las tertulias, serenatas y bailes.

A partir del arreglo de la Plaza Mayo, las retretas se trasladaron a ella, y también al Muelle o Puerto Villegas. La programación de las



mismas corría por cuenta de los directores de las bandas de Policía o del Regimiento asentado en la ciudad, y por realizarse en espacios públicos, también eran responsabilidad del municipio. Los horarios y lugares en que debían realizarse, cuando se producía un cambio de la forma habitual, se anunciaban por la prensa. La plaza Mayo, la más aristocrática por su selecta concurrencia en días de retreta, era escenario regular en todas las estaciones del año, durante el verano eran nocturnas y se daban los días jueves, mientras las domingueras se celebraban por la tarde. El muelle era preferido especialmente en el verano por la brisa que aportada la cercanía del río. Era tanta la predilección de las familias por este sitio que muchas de ellas concurrían a él aún sin la presencia de las bandas de música.

Los directores de las bandas buscaban prestigiar las retretas, cuidando la calidad de las ejecuciones y seleccionando con esmero el repertorio, para satisfacer al público que cada año se tornaba más exigente. A fines de siglo se ofrecían marchas, valsos, tangos, mazurcas y polcas. Durante la retreta, la plaza o el muelle se convertían en escenario

de un ritual invariable: los concurrentes se desplazaban por las avenidas laterales y diagonales o se detenían a escuchar las ejecuciones sentados en los bancos disponibles; si acudían en carruajes, daban vueltas en derredor o, simplemente, se detenían a apreciar las ejecuciones musicales.

A fines del siglo XIX en las crónicas de la concurrencia se mezclaban los apellidos de familias tradicionales del patriciado con aquellos que representaban a la nueva burguesía de origen extranjero. Si bien la concurrencia era de familias, estas reuniones al aire libre constituían los espacios propicios para la relación entre los jóvenes, quienes las aprovechaban para entablar o

reforzar amistades y compromisos informales.

La gran importancia social de estos paseos determinó que los vecindarios que rodeaban a otras plazas, como la Cabral o de la Cruz, buscaran embellecerlas y propiciar la realización de sus retretas. Se anunciaban los comienzos de sus temporadas, pero estas no tardaban en interrumpirse y ser reinauguradas para volver a suspenderse por falta de concurrencia o porque los costos de transporte impedían acudir a las bandas, que eran reiteradamente solicitadas. Los más interesados competidores de la Plaza Mayo eran los vecinos de la Plaza Cabral, que pretendían convertirla en un escenario social de mayor categoría.



Imág. 10: Encuentros sociales.

Otra actividad social importante era la asistencia a las funciones de las compañías de ópera o zarzuela en el teatro Vera, de las cuales los miembros de elite eran aficionados, especialmente las familias vinculadas con los recién llegados españoles e italianos. El interés por la actividad teatral, en particular, por el teatro de aficionados, se remontaba a mediados del siglo XIX y fue determinante para que se construyera el primer edificio del Vera inaugurado en 1861.

Las reuniones realizadas en las residencias de las familias de la elite constituían un espacio de relaciones en el que, al igual que en las retretas, se perpetuaban y extendían los vínculos familiares y las amistades. Estas prácticas condujeron a la formación de los círculos sociales que a finales del siglo incluían a familias del patriciado y de la nueva burguesía correntina.

Tras el fin del largo período de movilizaciones que significó la lucha contra Rosas, surgió en la ciudad la Sala de Comercio, el primer centro social de la provincia. Pronto se convirtió en lugar de reuniones políticas, de negocios y de recreación, dado que sus estatutos establecían la realización de un baile mensual

que no tardó en imponerse como actividad destacada. Además de los bailes, también se realizaban conciertos, cada vez que llegaba a la ciudad algún músico que pretendía establecerse en ella por alguna temporada. Ya por entonces la formalidad de la vida social había variado notablemente si se la compara con lo que describían los viajeros para la primera mitad del siglo. La presencia femenina tanto en las retretas como en los bailes y tertulias requería de un ritual de preparación que obligaba a la programación de todo acontecimiento social con suficiente anticipación. A ello contribuían los nuevos comercios dedicados a los distintos ramos que satisfacían los gustos femeninos, trayendo las últimas novedades de la moda europea.

Se alternaban épocas de mucha actividad social y otras en las que estas escaseaban y eran reclamadas por la prensa. Los bailes, de la elite o populares, eran cada vez más frecuentes, los primeros en el centro social o el campo de la Batería, los segundos en cualquier sitio de la ciudad, siempre que hubiera ocasión para celebrar.

La tertulia, versión americana de los salones europeos, era una práctica que favoreció el ascenso

social de muchos miembros de la burguesía comercial. Cuando un matrimonio o familia se establecía en la ciudad debía participar de las tertulias, como anfitriones o invitados, para iniciarse en los círculos sociales, siempre que cumplieran con los valores exigidos. Estas reuniones podían ser informales y espontáneas, sin mediar algún motivo especial que la justificara, o bien por la celebración de un cumpleaños u onomástico. Además de la cena y la plática, los anfitriones o sus invitados acostumbraban ejecutar piezas musicales, demostrando así sus habilidades artísticas. A diferencia de la tertulia, los recibos eran una costumbre muy respetada por las familias patricias más acomodadas. Eran reuniones regulares ofrecidas a las relaciones en días fijos, estaban revestidos de mayor formalidad y podían ser semanales o mensuales. La concurrencia era más numerosa que en las tertulias y generalmente se servía un lunch y finalizaban con bailes. Al igual que con las retretas y los paseos, los recibos y las tertulias eran instancias de la vida social propicias para fortalecer vínculos que podían conducir a los jóvenes al matrimonio, bajo la atenta mirada de sus padres.



Vida cotidiana en la ciudad

Las descripciones de los viajeros nos proporcionan información valiosa sobre el estado de la sociedad correntina en las primeras décadas del siglo XIX. En este sentido son fuentes fundamentales los testimonios de los viajeros como los ingleses John y Williams Parish Robertson y el francés Alcides D'Orbigny.

A los viajeros europeos, que se asumían como portadores de la civilización, las costumbres de los correntinos les resultaban exóticas, primitivas y hasta reñidas con la moral y las buenas costumbres de los pueblos civilizados del occidente de Europa. Uno de los aspectos que llama la atención de los europeos, en particular del agudo observador francés que recorrió la provincia entre 1826 y 1833, es la relación de los hombres y las mujeres con el trabajo. Por esos años, los hombres de la clase más acomodada – funcionarios, comerciantes, hacendados eran hospitalarios y de buenos modales, en particular con los extranjeros y las mujeres, pero muy poco dedicados al trabajo. Dado su natural desprecio por el trabajo

manual que constituía una deshonra su vida consistía en “dormir, comer, fumar, tomar mate, pasear a caballo” y atender sus ocupaciones, mientras a las mujeres les estaban reservados los trabajos más duros, que incluían la atención de todo lo concerniente con el hogar.

Según D'Orbigny, el correntino se levantaba al despuntar el día y pedía el mate que le era cebado por alguno de sus hijos o un criado, preparaba su caballo y salía a recorrer las calles de la ciudad dando los buenos días a todos los vecinos con que se encontraba y deteniéndose a cada rato para conversar sobre los temas más variados.

Luego, si era funcionario o empleado se dirigía a su oficina, si era comerciante a su negocio, si se ocupaba del negocio de la madera se dirigía al puerto, y si era hacendado salía de la ciudad a recibir los animales que eran traídos desde su establecimiento para ser vendidos en el mercado. Al mediodía regresaba a su hogar para el almuerzo y, luego de una siesta, salía nuevamente a ocuparse de sus actividades hasta la cena.

Un aspecto interesante de la descripción es el hecho de que tanto en el almuerzo como durante la cena, sólo los hombres se sentaban a la mesa, mientras las mujeres y los niños, juntos a los sirvientes y criados, comían en otra habitación o la cocina.



Imág. 11: Comerciantes y transeúntes.

De todas maneras, destaca la sobriedad de los hombres y señala que el único vicio existente, y muy expandido, era el juego. Los jóvenes o aquellos hombres que no tenían ocupación fija, se pasaban el día entero paseando a caballo por la ciudad. *“Es bastante común ver al habitante de Corrientes pasar toda la tarde en una casa o en otra, tomando mate, fumando todo lo que se puede...”*.

El hombre de campo trabajaba más que el de la ciudad, ya que debía ocuparse del cuidado de sus cultivos o de su ganado, pero también era, a los ojos del europeo, más salvaje, grosero y de una apatía de la que solo podían sacarlo el juego y las mujeres.

Las mujeres trabajan incansablemente a diferencia de sus esposos, padres o hermanos. Una mujer, aún las pertenecientes a las mejores familias, cocinaba el pan, confituras, pastelillos y tortas que luego sus criados vendían por la calle, fabricaban velas y jabones, confeccionaban cigarros tanto para venderlos como para exportarlos a Buenos Aires; hilaban, tejían y bordaban la vestimenta de toda la familia, se ocupaban de la crianza de los hijos y atendían al esposo. Las de familias patricias salían muy poco de la casa, las más jóvenes eran

las encargadas de atender a las visitas mientras realizaban tareas como la de fabricar cigarros. Las criadas y mujeres del pueblo eran las típicas vendedoras del pan al menudeo, velas, jabones, frutas y legumbres, que llevaban en recipientes acomodados sobre sus cabezas. Abrumadas con todas las cargas del hogar trabajaban, según el observador “como esclavas”, mientras sus maridos pasaban las horas “en la inacción más completa”.

En la segunda mitad del siglo XIX esta situación descripta por D’Orbigny sufre profundos cambios, debidos en gran parte a la importancia que comienza a otorgarse a la instrucción tanto

de los hombres como de las mujeres. Además de la formación recibida en el hogar, que giraba en torno de las cuestiones sociales y domésticas, las niñas de familias acomodadas comenzaron a recibir una instrucción elemental en las escuelas graduadas o la escuela normal, de la que podían egresar como maestras. Su formación se completaba con estudios de música y de francés y la práctica de labores manuales vinculadas con el arreglo personal y del hogar.

Finalizada la educación escolar, la joven debía estar preparada para el matrimonio y para desenvolverse en el ámbito público, integrar asociaciones



Imág. 12: Dibujo familiar, en el patio de costura.

piadosas o de beneficencia y participar de actividades artísticas como aficionada al teatro, el canto o la música, además de asistir a las reuniones y actividades sociales. Luego del matrimonio, la atención del hogar, el cuidado y educación de los hijos, constituían las obligaciones esenciales de las mujeres; sin embargo, gran parte de las actividades de las damas y las jóvenes de la elite transcurrían fuera del hogar y se relacionaban con actividades sociales. Estas actividades permitieron que algunas de ellas lograran ejercer una considerable gravitación social por sus demostraciones de devoción religiosa y su participación en asociaciones piadosas y de beneficencia. Este es el caso de las matronas de gran influencia social como Juana Francisca Cabral a fines del XIX.

Desde mediados del siglo, la vida social mundana comenzó a demandar mayor dedicación a las mujeres de las principales familias, que antes sólo se ocupaban del hogar y la religión. La pertenencia a cofradías y sociedades de beneficencia, las prácticas propias del culto y la organización de actividades para la obtención de recursos que serían destinados a la atención de pobres, ancianos y

enfermos, así como al mantenimiento de los bienes de la Iglesia, eran actividades que pertenecían esencialmente al ámbito femenino y a ellas se dedicaban las mujeres de buena posición económica, que en muchos casos destinaban sus propios recursos a la realización de estas obras.

La primera institución de Beneficencia de la ciudad fue creada por iniciativa oficial en 1858 para hacerse cargo de la asistencia de los pobres y la educación de las mujeres. Desaparecida tras la guerra de la Triple Alianza, se intentó constituirla nuevamente bajo las mismas bases, pero recién en la década de 1880 las damas de la elite, reunidas en torno de las matronas, dieron vida a asociaciones destinadas al sostenimiento de asilos. En 1884 fue constituida la sociedad Asilo de Huérfanos, por iniciativa de Adela Billingham de Ávalos, y en 1886, la sociedad Asilo de Mendigos, por obra de Josefa Derqui de Díaz Colodrero. Ambas instituciones se consolidaron a fines del siglo XIX y eran reconocidas por la labor que desarrollaban. Tenían edificios propios y fuentes de recursos destinadas a su mantenimiento, a

través de donaciones o beneficios y de subsidios nacionales y provinciales que les otorgaban los poderes públicos. Las Conferencias Vicentinas de Damas y Caballeros, que asistían a familias pobres, se constituyeron alrededor de 1874, año en que se instalaron en la comunidad franciscana de La Merced. Además de las sociedades de beneficencia existían otras asociaciones de fines piadosos, entre ellas la más importante era la Cofradía de Nuestra Señora de la Merced, pero existían otras como la Hermandad del Santísimo, el Apostolado de la Oración, las Hijas de María, la Pía Unión de San Antonio, la Corte de San José, la Cofradía del Perpetuo Socorro y la Tercera Orden Franciscana.

A finales del siglo, la cotidianeidad de los hombres de la elite varía notablemente de la que describían los viajeros en las primeras décadas. La indolencia y la ociosidad que se les atribuía desaparecen paulatinamente, y el tiempo debe dividirse entre el trabajo o los negocios, la política y las nuevas exigencias de una sociabilidad cada vez más codificada.

La elite masculina creció con los ascensos y se vio afectada por la formación de dos sectores políticos fuertemente antagónicos



que tuvieron gran influencia en la vida social: los liberales y los autonomistas. Los espacios para la sociabilidad también se diversificaron: los jóvenes asistían a la escuela, a los paseos y formaban sociedades atléticas y recreativas, los mayores asistían al club, a los cafés y a las reuniones sociales.

Un elemento importante es la trascendencia que adquirió la educación superior. Antes de la instalación del Colegio Nacional, en 1869, los jóvenes de las familias patricias debían trasladarse a Buenos Aires o Córdoba para seguir estudios superiores y posteriormente alcanzar un grado universitario. Ya a fines del siglo XIX era común que los jóvenes de la elite se convirtieran en médicos o abogados, como también que algunos jóvenes destacados pero sin recursos recibieran becas para continuar estudios universitarios.

Es enorme la diferencia entre el período que describen los Robertson, en que solo destacan la cultura y sabiduría de un hombre como el español Isidoro Martínez y Cires, y la situación de finales del siglo, que se refleja en un probablemente incompleto listado de profesionales que exhibe la Guía General de la

provincia de Corrientes de Pedro Benjamín Serrano en 1900.

La formación universitaria se transformó en una exigencia de la condición social, tanto para el joven que pertenecía a una familia del patriciado como para las advenedizas. Cuando regresaban a la ciudad durante el período de vacaciones retomaban el ritmo del calendario social, participaban de las reuniones, de las actividades recreativas, de los paseos veraniegos y del carnaval. Finalizados sus estudios, la mayoría retornaba al seno de sus familias y eso implicaba su ingreso pleno al terreno de la vida pública. Esto significaba para el joven desempeñarse en distintos espacios de la vida social, en las actividades culturales y recreativas, integrando sociedades atléticas, asociaciones literarias, o agrupamientos circunstanciales, como la preparación de veladas, fiestas benéficas u homenajes.

Los que se habían destacado en sus estudios universitarios también se desempeñaban en la docencia como profesores de los colegios y escuelas secundarias, pero en general ingresaban al terreno de la política partidaria y, eventualmente, llegaban al desempeño de cargos en la función pública. Aquellos que

pertenecían a familias de la burguesía comercial se dedicaban al ejercicio de alguna profesión o al regenteo del negocio familiar.

La pertenencia o adhesión a un determinado sector político era un factor de conflicto en las relaciones sociales y se materializaba en la existencia desde el siglo XIX de dos Clubes identificados con las dos fuerzas que rivalizaban por el manejo del aparato estatal de la provincia: el Club del Progreso, de los liberales, surgido en 1874, y el Club Social, de los autonomistas, creado en 1881.

Los personajes de la ciudad y la campaña

La estructura social a la que hicimos referencia a lo largo de este capítulo se aplica estrictamente al ámbito urbano, sin embargo, los comerciantes y hacendados, a quienes señalamos como miembros de la elite, también eran importantes personajes de la campaña.

La actividad comercial daba lugar a toda una gama de ocupaciones que iba desde el mercader mayorista al pulpero. El historiador José Carlos

Chiaramonte sostiene que para la primera mitad del siglo XIX no existían grandes explotaciones rurales en la provincia de Corrientes, los propietarios de grandes cantidades de ganado eran muy escasos y estaban lejos de ser comparables con los de Buenos Aires en el número de animales que poseían.

La influencia del comerciante en la campaña era mayor que la del hacendado o estanciero, y muchos de ellos reunían en su persona la noble condición del hacendado con la más humilde del mercachifle. El comercio era manejado por dos clases de mercaderes: el comerciante legal autorizado para realizar esa

actividad desde la capital o villas del interior provincial, que utilizaban a corredores a los que proveían de mercadería para intercambiar por los frutos del país como el cuero o el tabaco y la de los propietarios rurales o hacendados que comerciaban no sólo sus productos sino también los que acopiaban de su región, por lo que reunían esa doble condición de estanciero y comerciante.

Los hacendados o propietarios rurales, que constituían el patriciado que se conforma a lo largo de los siglos XVII y XVIII y se amplía durante la primera mitad del siglo XIX, constituían el sector dominante en la provincia en la segunda mitad de este siglo. Sin embargo, como ya lo señalamos, en las últimas décadas aparece un nuevo sector, una suerte de “burguesía empresaria” integrada por individuos que diversificaban sus negocios abarcando varios rubros como el comercio mayorista y los emprendimientos industriales, además de las actividades rurales. Entre ellos podemos mencionar a propietarios de curtiembres, molinos, aserraderos, almacenes y grandes tiendas y comercios de diversos ramos.



Imag. 13. Dibujo vendedores ambulantes y sus clientes

En la campaña, una de las figuras más importantes era la del “poblero”, que habitaba en tierras pertenecientes a grandes propietarios rurales. Se trataba de un acuerdo informal entre el propietario y el poblador, en el cual el primero le permitía al segundo establecerse en parcelas de su campo, donde podía proveerse a través de sus cultivos y de la cría de animales en pequeña escala, a cambio de realizar ciertas prestaciones en tiempos de cosecha, yerra o castración, o en otro tipo de tareas estacionales. El propietario veía así solucionado el problema de la provisión de mano de obra

Otra de las figuras que predominaba en la campaña correntina, de acuerdo con los recuentos de población ya mencionados, eran los agricultores o labradores, numerosos a pesar del carácter eminentemente ganadero de la economía provincial. Se trata en este caso del poblador pobre de la campaña que se hallaba arraigado a la tierra y lograba vivir del producto de su trabajo. Muchos complementaban su actividad empleándose como peones en las estancias.

Una de las principales preocupaciones de los gobiernos a lo largo del siglo fue el control

de la población sin arraigo, dedicada a “recorrer los campos” que se desempeñaban como “jornaleros” o trabajadores asalariados, o subsistían recurriendo a actividades ilícitas como el robo de ganado y la venta clandestina de cueros. Esta última referencia identificaba al gaucho, denominación que recibía en todo el ámbito rioplatense el poblador de la campaña al que se atribuían costumbres prácticamente nómades, el desprecio por todo trabajo disciplinado y metódico y una fuerte inclinación a la aventura y al descanso.

Actividades

1. Realiza un cuadro sinóptico de los distintos sectores que integraban la sociedad urbana en Corrientes a fines del siglo XIX.

2. Explica qué efectos causó el proceso inmigratorio de fines del siglo XIX en la sociedad correntina.

3. Identifica cuáles eran los sitios, edificios y espacios públicos más significativos para la vida social de la elite correntina durante el siglo XIX y explica qué importancia social tienen en la actualidad.

4. Luego de leer y analizar la importancia que tenían las plazas en la vida social, durante el siglo XIX explica: ¿Qué actividades relacionadas con las plazas se siguen desarrollando en la actualidad?, ¿Qué lugares o espacios de la ciudad tienen una importancia social idéntica a la que tenían las plazas en el siglo XIX? Deberás fundamentar tus respuestas.

